

EL OBRERO CATOLICO.

TALCA, NOVIEMBRE 28 DE 1867.

El trabajo.

La marcha que los pueblos han seguido en el camino de su engrandecimiento nos presenta el trabajo como uno de los medios mas activos de operar esas transformaciones sorprendentes que han cambiado por completo la paz de su porvenir. Asi como la decadencia de opulentos paises ha debido reconocer en la inercia de sus ciudadanos su única i verdadera causa. Nos admira, ciertamente la rápida elevacion de la República Romana cuando era un pequeño pueblo que todavia se alimentaba a las márgenes del Tiber i el envilecimiento de ese imperio que le sucedió, que despues de haberse alimentado con la sangre de todos los pueblos que subyugó con la pujanza de sus armas, vino a su vez a ser víctima de su propia degradacion bajo la cuchilla de las lejonas bárbaras. Pero talvez hechamos en olvido que aquella república era conducida a los combates por jenerales que interrumpian el trabajo de sus manos para acudir al socorro de su patria, i que ese imperio veia siempre a sus dueños sentados en las alturas del Capitolio mientras se estaba decidiendo por las armas el porvenir de su propia existencia. Talvez no recordamos que la república contaba entre sus hijos a los Coriolanos i Cincinatos i que el imperio era gobernado por los Elsgábalos i Cómodos.

La necesidad del trabajo encuentra su fundamento en la misma naturaleza humana que débil en los momentos en que comienza a organizarse, adquiere por la movilidad el crecimiento progresivo en la juventud i la plenitud de su vigor en la edad madura del hombre. I si en el individuo reconocemos esta lei bajo la cual toma las diversas formas que lo presentan como un ser perfectible, con la misma o mayor razon debe esa lei tener su aplicacion cuando se trata de la vida social, cuya perfeccion exige condiciones que el individuo no puede por si solo llenar.

Esta sola observacion debiera bastarnos para sentir el conocimiento de lo que actualmente somos i lo que podemos llegar a ser si damos una importancia práctica al trabajo como elemento vivificador de los pueblos i como condicion necesaria para la felicidad social.

Pero ademas, admitiendo el trabajo como la fuente mas fecunda de la riqueza pública i privada, debe sernos sensible que por él se realizan o

se hacen concurrir otras causas accesorias que contribuyen poderosamente al engrandecimiento de un pais. Entre estas figura en primer lugar el número de los pobladores; i a nadie se oculta que la formacion de las familias solo puede verificarse al amparo de la indijencia, o mejor con la abundancia de los recursos materiales que el trabajo procura. Sin ir mas adelante bueno es recordar que entre nosotros la falta de trabajo mantiene a un crecido número, no solo de la clase del pueblo sino de las altas condiciones, en estado de poder formar familia, porque sin resolverse a abandonar la inercia en que han dejado consumir sus mas preciosos años, tampoco se atreven a sepultarse en la miseria que forzosamente les acarrearía sus crecientes necesidades.

Pueblos nuevos hai que deben casi esclusivamente al trabajo la virilidad que ostentan entre los antiguos imperios, i que no ceden en prosperidad material a los que necesitaron de siglos para asegurar su ventura. La gran república norteamericana ha alcanzado en setenta años de existencia propia i con su propia actividad colocarse al nivel de las grandes monarquías de Europa, i merecido el respeto de los mismos que antes les dirijian las miradas desdeñosas de pobres colonos.

Los datos estadísticos que nos llegan de Estados Unidos nos presentan su poblacion duplicada en el tiempo que data de su emancipacion; i aunque es verdad que no ha contribuido poco a este crecimiento prodijioso la inmigracion europea, siempre deberá reconocerse como su principal causa la actividad inaudita de este pueblo en donde cada hombre vive de su propio trabajo; en donde no hai quien no posea algun conocimiento de ciencias, artes o industria; i en donde el individuo de cierta edad representa una familia, que solo vive a espensas del padre, mientras no pueda participar de las tareas de donde ha visto venirle el pan que lo ha alimentado.

Este hecho nos dá antecedentes bien claros para deducir como consecuencia lejítima que la lentitud de nuestro progreso no consiste en el reducido número de habitantes que pueblan nuestro extenso territorio, sino en la pequeña actividad que se desplega para esplotar las fuentes de riqueza con que nos ha regalado la Providencia; i que el trabajo mismo desarrollado en las proporciones que son posibles para un gran número, traería como un resultado necesario el aumento de la poblacion que

falsamente es considerada por muchos como la causa primordial del retardo de nuestro engrandecimiento material. Si, como es posible, llegara el dia en que hiciéramos producir a nuestro suelo, no solo los alimentos que tenemos en abundancia, sino tambien las telas que nos envia el extranjero elaboradas con nuestras propias materias, i los metales recibieran en nuestros talleres las variadas formas que el arte sabe darles, veríamos dilatarse los límites de las aspiraciones del rico, ocuparse miles de brazos ahora inertes por la ociosidad, i asegurado el porvenir material i moral de nuestra patria.

NECROLOGIA.

En la mañana del 15 del corriente dejó de existir en Santiago el distinguido jóven, el apreciable clérigo don Ismael Urzúa. Apenas contaba 24 años de edad i con todo al separarse de nosotros ha legado bastantes ejemplos que emitir.

Hijo de una respetable familia de Talca i nacido en esta ciudad, pasó aun niño a la capital a hacer sus estudios. Incorporado al colegio de los SS. CC., fué uno de los alumnos mas distinguidos por su piedad i aprovechamiento, recibiendo allí de superiores i alumnos las muestras mas distintivas del aprecio que les profesaban.

Como conociera desde temprano su vocacion al sacerdocio, abandonó el aprendizaje del derecho que habia principiado, recibió la tonsura clerical, i se agregó al curso de filosofía del Seminario Conciliar para poder despues seguir con mas provecho estudiando la Sagrada Teología. Aunque en este establecimiento solo alcanzó a permanecer dos años por su quebrantada salud, fué este tiempo bastante para que se granjeara las simpatías i estimacion de sus nuevos colegas i profesores, a que por cierto lo hacian mui acreedor las distinguidas prendas que lo adornaban.

Era Ismael Urzúa un jóven enteramente dedicado a la virtud i de conciencia altamente pura i timorata. Agregaba un juicio nada comun i cierta sutileza de injenio que lo hacian mui superior a la mayor parte de sus compañeros. Tenia, en fin, un corazon franco i desinteresado, que dejaba completamente satisfechos a los numerosos amigos que se honraban con su amistad.

Aunque desde tanto tiempo atras separado del pueblo de su nacimiento conservaba hácia él el jóven clérigo un afecto mui particular. El que esto escribe recibió mas de una vez de sus lábios, las manifestacio-

nes mas sinceras de los vivos deseos que le animaban de ocupar su tiempo, una vez sacerdote, en trabajar por el adelanto moral i relijioso de nuestra provincia. I si aun esto no hubiera, sus últimas disposiciones demuestran mui claro cual era su amor por el pueblo de Talca. Comprendiendo en efecto la importancia de un Seminario entre nosotros i los bienes que reportan ya las monjas del Buen Pastor, resolvió que se empleara gran parte de sus bienes en la fundacion i establecimiento de ambas instituciones.

Oprimido Urzúa por una larga i penosa enfermedad, supo siempre llevar con heróica paciencia las dolencias del cuerpo. Al sentir llegar para él el último momento, recobró toda su serenidad i aceptó con completa resignacion el sacrificio final que exijia Dios a su virtud. Su muerte fué la de un ánjel, rodeada de todos los consuelos que presenta la relijion. Deja entre sus numerosos amigos i miembros de familia a un hermano inconsolable por su pérdida, que durante toda su vida fué el partícipe de sus confidencias, i que mientras duró la enfermedad ha dado un raro ejemplo de amor fraternal.

Sea este un débil tributo de amistad que consagra a su memoria uno de sus mas sinceros amigos.

SECCION LITERARIA.

A la memoria de don Ismael Urzúa.—(A nombre de la Congregacion de María del Seminario Conciliar de Santiago.)

¡Murió el amigo, el cariñoso hermano!
No pudo de la muerte
Ni el ruego detener la ciega mano,
Ni su noble virtud, ni su alma fuerte.

¡Murió! i en tanto que delicia i calma
Tornóse su quebranto
Solo el recuerdo quedará a nuestra alma,
I a nuestros ojos solamente el llanto.

Nosotros ¡ai! los que a su lado fuimos,
Los que su amor gozamos
Decir podemos cuanto bien perdimos,
Saber podemos cuanto mal lloramos.

Los que en union i sociedad fraterna
Sentimos su ternura
Guardar sabremos con memoria eterna
Tantos ejemplos de virtud tan pura.

¡Ai! cuántas veces a los pies postrados
Del ara bendecida
Alzó a la Madre del amor sagrado
Tierna plegaria de esperanza henchida!

Cuantas le vimos en gracioso coro
En torno de María,
Cuando entre el eco del cantar sonoro
Su voz amante a nuestra voz unia!